

DE NUESTRO TIEMPO

Hombres, ideas, hechos

Uno de los maestros de la Biología moderna, Lucien Cuénot, ha dicho con razón en un discurso reciente: «El hombre posee el sentimiento invencible de que las cosas tangibles y las reveladas por la experiencia, no abarcan todo lo real, y de que alguna otra cosa se oculta detrás de esta pantalla física».

Después de preguntarse si responde a alguna realidad este sentimiento, contesta así el ilustre biólogo, al final de su excelente trabajo: «No se puede evitar la contradicción, ni darse cuenta del hecho capital de la preordinación, si no es saliendo de la realidad positiva y admitiendo una intervención metafísica, un Pensamiento del cual el Universo es el Acto; nos es preciso considerar la evolución universal como el efecto de una Voluntad que nos sobrepasa infinitamente (*)».

* * *

En efecto, el mundo físico no se explica por sí mismo.

Los astros se mueven en el espacio. ¿Por qué?

La orientación de este movimiento pudo ser otra. ¿Por qué no lo es? ¿Por qué existe esa agitación constante en el Universo y no una quietud perenne e inquebrantable? ¿Por qué la energía gravitatoria actúa en un sentido y no en otro? ¿Por qué esa orientación ha de ser la privilegiada entre otras muchas que también son posibles?

(*) *Études*, tom. 197, n.º 20, págs. 129-142.

Las ciencias físicas y astronómicas estudian la concatenación de causas y efectos y las leyes a que los cuerpos obedecen en sus movimientos. Mas no nos dicen ni pueden decirnos por qué existe el movimiento en el mundo y por qué existen unas leyes y no otras diferentes o contrarias.

Lo cual nos demuestra que la razón última de estos hechos no está contenida en el mundo físico.

Por eso nos vemos precisados a reconocer un orden metafísico en la Naturaleza. De este modo el Universo se nos revela como la realización de un Pensamiento. Una voluntad, una intención suprema, que es la de Dios, ha decidido que los mundos y sus movimientos y sus leyes sean como son.

Los que se resisten a admitir esta conclusión, se ven obligados a cortar su discurso al llegar a aquellos hechos y problemas que hemos citado, es decir, a los elementos irreducibles del mundo físico, los cuales constituyen lo que se ha dado en llamar *lo irracional* (*).

* * *

Hubo un tiempo en que no existía el hombre. Pero, en una edad geológica posterior, un ser inteligente, consciente y libre puebla la tierra. Es decir, en unas fracciones del Universo hay inteligencia, libertad y conciencia.

¿Por qué se ha producido el hombre? En el mundo físico no puede hallarse la explicación de este hecho. El buey que rumia su pienso, la encina que extrae su savia de las grietas de la peña y el bólide que cruza los espacios, no se preocupan de estos problemas. Ellos no preguntan de dónde vienen ni a dónde van. No tienen un solo adarme de reflexión, de conciencia y libertad.

Mas el hombre es libre y consciente. Y a él sólo preocupa la inquietud metafísica. Pero ¿cómo una conciencia libre pudo surgir del fondo de un sistema mecánico rígidamente fatalista? Si el hombre representa no más que una cresta de espuma en la energética del mundo; si el hombre es simple pieza del determinismo universal ¿cómo puede ser libre?

Pero si el hombre se halla dotado de libertad, no todo es determinismo en la naturaleza: debe existir una intención, una voluntad libre,

(*) Émile Meyerson: *De l'explication dans les sciences*, pág. 187. París, 1927.

una conciencia anterior y superior a la del hombre. Y en esa Voluntad, que es el mismo Dios, está la última razón de ser de todas las cosas.

Albert Nodon, Presidente de la Sociedad Astronómica de Burdeos, aludiendo al problema del origen de la gravitación y, en general, de toda energía etérea, dice: «Cualquiera que sea la forma en que se oriente este desconcertante problema, es preciso admitir la preexistencia de una *Potencia Superior* cuya *Voluntad Suprema* domina el Universo entero, al cual sobrevivirá!» (*)

Observando, pues, y ahondando en el estudio de los fenómenos del mundo, llegamos a descubrir nuevos motivos que nos obligan al reconocimiento de la existencia de Dios.

Por eso nos sorprende hallar en un libro adoptado en España como texto de religión para el bachillerato elemental, el siguiente párrafo: «La suprema razón de ser de la religión subsistirá siempre, porque en el mundo... existirá siempre el misterio; porque la ciencia jamás habrá cumplido todos sus compromisos» (**).

La suprema razón de ser de la religión subsistirá siempre, no a causa de los misterios que habrá en la naturaleza, sino por todo lo contrario, es decir, porque el hombre irá conociendo mejor las cosas, porque la ciencia continuará descorriendo el velo que cubría los enigmas del mundo.

* * *

En un artículo publicado en *El Socialista* de Madrid acerca de la tolerancia mutua en la clase obrera, refiere el jefe del socialismo belga, Emilio Vandervelde, la siguiente anécdota:

«Recuerdo que una vez, cuando la Oficina Socialista Internacional residía en Londres, fuimos invitados a un «lunch» por los camaradas ingleses. Presidía Hénderson. Yo estaba sentado junto a Dubreuil, secretario del Partido Socialista Francés y antiguo blanquista y devorador de curas. De pronto se levantó el presidente, y pronunció algunas palabras. Dubreuil, que no entendía el inglés, me preguntó qué era lo que Hénderson decía entre dientes.

—Está rezando—le contesté.

(*) *Elements d'Astrophysique*, pág. 184. París, 1926.

(**) Sebastián Pueyo y Salamero: *Religión y Moral*, pág. 11. Barcelona, 1928.

—¡No!—rugió Dubreuil, medio incrédulo, medio indignado. A poco salió del salón».

Termina el articulista recomendando a los trabajadores el respeto mutuo y la tolerancia en materias religiosas.

Deberíamos pensar que *El Socialista*, que publicó esta lección de Vandervelde, estará conforme con el contenido del artículo, al menos en lo que éste tiene de aspiración a un estado de tolerancia.

Los hechos, sin embargo, no confirman esta presunción.

El Socialista llama «desfiles bárbaros» a los actos de quienes no opinan como él; se queja de que muchos liberales no sean ya anticlericales como él; censura a los sabios y literatos que se han convertido a la Religión; enseña seriamente a sus lectores que la sustancia de la Teología está en el apotegma: «el fin justifica los medios»; declara que el jesuitismo mira más a lo que conviene que a los ideales; que la razón humana siempre fué condenada por la Iglesia; que la Iglesia domina al vulgo por el fanatismo...

Ya se sabe que estos datos y muchos más que pudiéramos citar, son otros tantos atentados contra la verdad. Con ellos no puede aliarse jamás la razón. Pero de esto no puede percatarse la inmensa mayoría de los lectores de *El Socialista*. No hay en ellos gérmenes de reacción y de protesta en este punto, a causa de la total ausencia de inquietudes superiores en sus almas. Y ahí está precisamente la verdadera raíz de la impunidad del periódico.

En los epítetos y frases de firmeza escultórica no reside ninguna virtud persuasiva; pero sí la de despertar el instinto y orientar las pasiones.

Con tales modos no se convence a ninguno; pero se consigue vencer a muchos, sobre todo a esa «masa inerte, abúllica, entregada a la voluntad de los audaces que la alivian de la pesada tarea de pensar» de la cual habló algo a *El Socialista* Gabriel Alomar. Es bueno ese procedimiento para insinuarse en las subconciencias y hacer de las muchedumbres un conglomerado de autómatas o de sujetos ininteligentes que acepten, de un modo gregario, el criterio ajeno. Pero de ahí no puede nacer un solo brote de conciencia y de libertad.

J. M. de B.